

I

Esta historia no inicia en aquella ladera abarrotada de covachas y con numerosas cantinas sin nombre, pero en algún lado debía comenzar.

La penumbra impera en esos antros con piso de tierra y techo de lámina en donde media botella de aguardiente basta para sobreponerse a la hedentina que emana del basurero cercano o al temor a las alimañas que merodean por los alrededores. Al fondo de uno de estos sitios un hombre delgado, de espalda encorvada, marcadas ojeras y prematura calvicie, murmura sus preocupaciones:

—¡Mi vida es una mierda! Me quedan trescientos billetes, debo pagar el cuarto, abonar en la tienda, darle a la Lupe para los gastos del Colochito y apenas estamos a seis. ¿Cómo llegaré a la siguiente quincena?

Suspira profundamente, fija la mirada en la botella de licor que parece balancearse en la mesa frente a él y siente cómo los ecos del pasado interrumpen sus divagaciones:

Mi'jo, no sea buevón. ¿Por qué no saldría como su tata? Él era bueno y trabajador. Estoy segura de que nuestra vida hubiera sido diferente si no se hubiera ido antes de tiempo. Ni cuando esté muerta podré descansar en paz. Me quedaré vagando aquí, agobiada por mis angustias, porque ¿quién va a hacerle caso, si no sabe cómo ganarse el sustento y ni siquiera tiene un petate en dónde caer muerto?

Agridulces recuerdos transformados en lágrimas encuentran la vía para escapar de sus ojos. Un incontrolable temblor agita su cuerpo. Momentos después su cabeza se estrella contra la mesa. La botella de licor se derrama sobre sus pantalones. Al sentir la pegajosa humedad invadiendo sus partes íntimas, el borracho levanta la cabeza y lanza un alarido:

—¡Mamita bendita! Le suplico que me perdone. Qué duro se paga haber sido mal hijo. ¡Cómo quisiera retroceder el tiempo! Malditos remordimientos ¿por qué no me dejan en paz?

La letanía de lamentos parece interminable, varios parroquianos cruzan miradas de desesperación. Otro ebrio somata una botella de cerveza sobre la mesa, empuja la silla hacia atrás y se levanta para confrontar al revoltoso. Sus compañeros se lanzan a detenerlo. Mientras forcejean uno de ellos le susurra:

—Tranquilízate. El tipo tiene planta de oreja. Recordá que aquí nadie puede decir ni mierda. Hacete el loco, cuidá tu pellejo.

El borracho pasa el dorso de la mano derecha por su cara y traza un sendero verdoso al deslizarla

por el mantel. Hurga en los bolsillos, saca un arrugado billete y levanta el brazo izquierdo para llamar la atención de la mesera.

—¡Irene! ¡Otro octavo de Indita, un plato de tiras y una porción de tortillas!

Los clientes observan las cicatrices que deforman su cara, el espacio vacío al final del brazo que agita sobre su cabeza. En el lugar hay olor a peligro, algunas siluetas desaparecen de manera sigilosa. Media hora más tarde el borracho, con pasos vacilantes, abandona las paredes repletas de mujeres semidesnudas y se deja devorar por las tinieblas que acechan afuera. Al verlo desaparecer Irene comenta con otra de las meseras:

—Nadie se explica cómo ese desventurado aún sigue vivo. De seguro hizo un pacto con el diablo.